

GONZÁLEZ DÍAZ Y EL TURISMO

Francisco González Díaz, observador y testigo imparcial de la realidad canaria, crítica las situaciones de abandono en nuestra isla y fustiga con dureza a los responsables, a la vez que propone soluciones viables.

La situación lamentable del turismo en Gran Canaria fue una de sus grandes preocupaciones, por ello con el denuedo y el espíritu luchador que le caracterizaron fundó la revista *CANARIAS TURISTA*, que tuvo como fin primordial el fomento del turismo, primera fuente de riqueza, como destaca, nuestro autor, que tenemos a nuestro alcance, aunque nuestra desidia e indiferencia han hecho que no la hayamos aprovechado y todo a causa de nuestra ceguera tradicional. Sabemos cómo otros países aprovechan sus bellezas naturales y sus atracciones artísticas y nosotros sólo nos preocupamos de ir “tras los medios individuales inmediatos, tras todo aquello que sin revestir aspecto colectivo interesa a la ambición personal”, porque somos individualistas, porque cada uno piensa sólo en su persona y no en la colectividad y en la solidaridad.

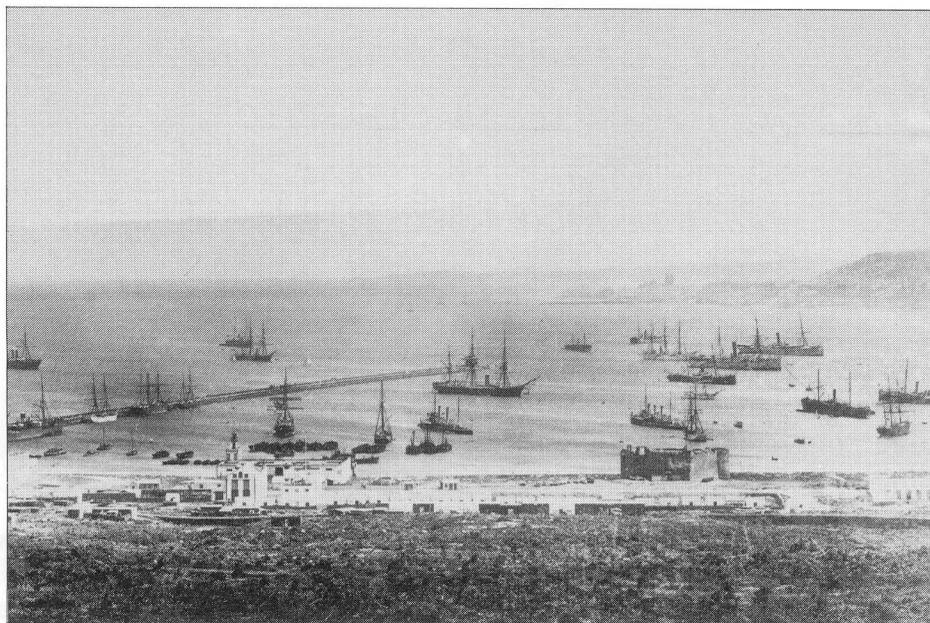
Piensa que nuestro paisaje tan deteriorado y nuestras cimas, antes exuberantes y hoy desnudas, no invitan al viajero sino a retroceder ante su presencia. Nuestro turismo al entrar por el Puerto de La Luz, lugar de entrada del turismo a principios del siglo XX, se asusta, se espanta con el aspecto sahariano, polvoroso y triste de la ciudad.

Reiteradamente hace un llamamiento al hombre canario para que abandone sus posturas individualistas de riqueza inmediata y se una a los otros en un afán solidario de ayuda a la comunidad, única forma de que las islas prosperen “aquí nadie se mueve por impulso espontáneo a favor de una idea o un propósito que no se traduzca pronto en hechos positivos y no se concrete en beneficios de orden privado”. Sugiere que las ganancias de los comercios deben invertirlas sus propietarios en el desarrollo del turismo y no en conductos subterráneos, en enriquecimientos privados, ya que en el último término seremos nosotros los primeros beneficiados y lucrados.

Sabido es, observa, que nuestro clima, benigno y uniforme en sus temperaturas, es nuestro mayor tesoro, y constituye el atractivo que hace que todos los inviernos se encaminen a Canarias legiones de turistas. Pero resulta que esos forasteros



Maspalomas. Gran Canaria. 1925.



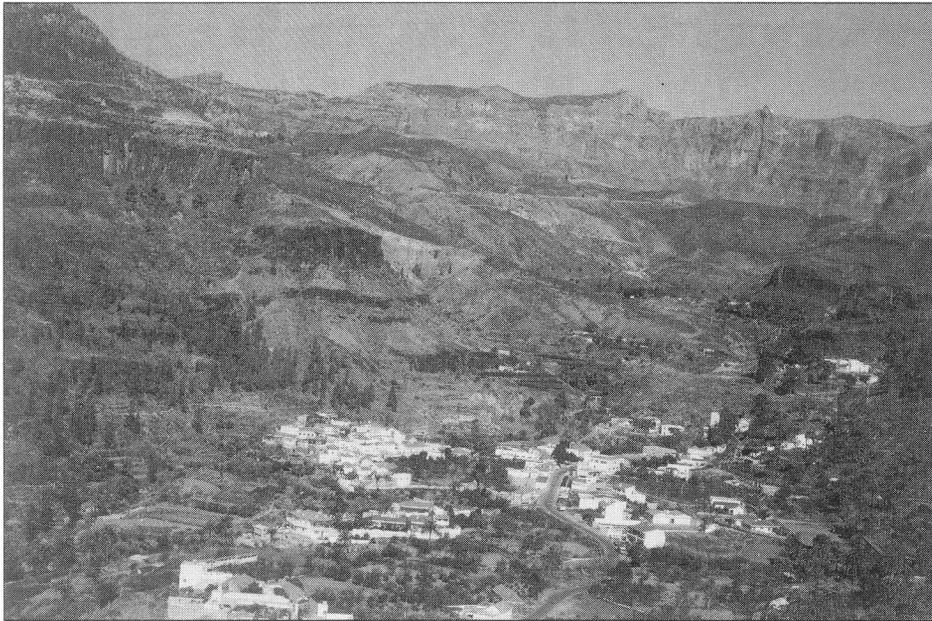
Castillo de La Luz y Puerto. Las Palmas de Gran Canaria. Hacia 1900.

que se encargan de alabar nuestras excelencias climatológicas, nuestra primavera eterna, se encuentran todos los años con la misma isla que dejaron, descuidada, sin mejoras.

González Díaz propone que debemos proveernos de lo que nos falta: “refinamientos del confort, primores de la cultura, higiene, alicientes de la vida social, delicadezas de la civilización europea y embellecimiento del paisaje con una masiva repoblación forestal y una mejor estética de las construcciones”. Es asombroso cómo este hombre de espíritu pre-

claro ahondó en los problemas de Canarias los cuales hoy en día están más acusados y agravados, si cabe.

Con la finalidad de potenciar el turismo aconseja la creación de una gran Junta turística en Las Palmas, que llevara la dirección de los temas turísticos: propaganda, mejoras, etc., y que estuviera secundada por los esfuerzos de otras Juntas de carácter local, constituidas en cada uno de los pueblos importantes, que incluirían un programa de reformas y embellecimientos, de manera que cada pueblo se transformase en beneficio de



Fataga (Gran Canaria).



Playa de Las Canteras. Las Palmas de Gran Canaria. 1889.

nuestros huéspedes, “porque trabajar por los forasteros, será en último término trabajar por nuestro bien común”. Son tantas las necesidades y mejoras que reclaman nuestros pueblos que, nos dice, no sabríamos por dónde empezar. Estas Juntas locales estarían respaldadas económicamente por nuestros Ayuntamientos, que deberían consignar en su presupuesto una cantidad importante de dinero con destino a favorecer el desarrollo del turismo.

El turismo explotado con inteligencia y perseverancia, añade, supondría una renta cuantiosa que iría creciendo de año en año y que en poco tiempo nos daría un bienestar repartido entre todas las clases sociales, pues “el turismo es dinero, riqueza, abundancia, es contratación, progreso económico y social, es cultura que cambiaría la faz del país en pocos años.

¿No vale la pena que los Ayuntamientos contribuyan a este resultado?”.

Por ello, nos recomienda que hay que cultivar “la industria del turismo” con gran amor y cordura, como en Suiza, en Francia, etc., creando muchos y buenos Hoteles y organizando una propaganda que alcance al mundo civilizado. “España debe hacer como todos esos países porque el turismo es una lluvia de oro”. “El turismo nos pide que nos asociemos teniéndolo por supremo objetivo y que, asociados, laboremos como una sola inteligencia y una sola voluntad”.

Otra sugerencia suya es que tenemos que coger nuestra pluma y divulgar las condiciones extraordinarias de nuestro clima, organizando un sistema de publicidad que lleve el conocimiento de la climatología isleña a todos los puntos del

planeta: en periódicos, “agencia de viajeros”, estaciones ferroviarias, Hoteles de otros mundos, porque nos conviene atraer la inmigración de turistas, retenerlos, halagarlos, para que esparzan aquí el oro del placer y del lujo, pero habrá que ofrecerles comodidades y atracciones y no “satisfacernos con vivir de él explotándolo inconsiderablemente”.

Ya en 1910 observa la disminución de la llegada de turistas a Gran Canaria y la necesidad de aspirar a un turismo de calidad, no sólo de enfermos, de valetudinarios y de “Turistas de bolsillo escuálido de a tanto la hora de residencia”. Hay que aspirar pues a algo mejor en calidad y en cantidad. “Pero desgraciadamente el turismo nos tiene sin cuidado como lo demás”, “directamente vamos a la ruina por el resbaladero de nuestra vida rutinaria, egoísta y misérrima”.

Destaca cómo los canarios se preocupan, cuando se preocupan, de sacarle el jugo al turista y cómo muchos sólo ven en el turista un ave de paso buena para desplumarla, en vez de un cooperador de nuestro progreso, al que necesitamos atraer a nuestra tierra y vincularlo a nuestra sociedad.

Insiste en que debemos asociarnos, trabajar unidos porque si no lo hacemos, “Mientras la absorción extranjera, lenta, paciente, segura, hace su camino ... y cómo estaba en lo cierto nuestro gran visionario, la realidad actual habla por sí sola, estamos en manos de los extranjeros.

Sin embargo no hacemos nada prosi-gue insistente González Díaz, “entre nosotros la vida es sueño, pero sueño tan hondo, tan pesado, que nada nos hace despertar, aunque nos amenace la ruina, aunque la necesidad nos acicatee seguimos durmiendo” y resultará que al cabo serán los propios extranjeros quienes acometan en vasta escala las empresas indispensables para el desarrollo del turismo.

Estas palabras de carácter premonitorio y lapidario parece que en muchos aspectos, desgraciadamente, se han cumplido. Recordemos sus palabras y luchemos juntos por nuestro progreso.

ISABEL HENRÍQUEZ PÉREZ